



BRUJERÍA Y MEDICINA EN LA EDAD MEDIA

Las brujas vivieron y murieron en la hoguera mucho antes de que apareciera la moderna ciencia médica. La mayor parte de esas mujeres condenadas como brujas eran simplemente sanadoras no profesionales al servicio de la población campesina y su represión marca una de las primeras etapas en la lucha de los hombres para eliminar a las mujeres de la práctica de la medicina.

La eliminación de las brujas como curanderas tuvo como contrapartida la creación de una nueva profesión médica masculina, bajo la protección y patrocinio de las clases dominantes. El nacimiento de esta nueva profesión médica en Europa tuvo una influencia decisiva sobre la caza de brujas, pues ofreció argumentos «médicos» a los inquisidores:

...Dado que la Iglesia Medieval, con el apoyo de los soberanos, de los príncipes y de las autoridades seculares, controlaba la educación y la práctica de la medicina, la Inquisición (caza de brujas) constituye, entre otras cosas, uno de los primeros ejemplos de cómo se produjo el desplazamiento de las prácticas artesanales por los «profesionales» y de la intervención de estos últimos contra el derecho de los «no profesionales» a ocuparse del cuidado de los pobres. (Thomas Szasz, *The manufacture of madness* [Cómo se fabrica la locura].)

La caza de brujas tuvo consecuencias duraderas. En efecto, desde entonces un aspecto del ser mujer ha ido siempre asociado a la brujería y las mujeres que han continuado actuando como sanadoras han seguido rodeadas de un halo de superstición y temor. Esa destructiva y temprana exclusión de las mujeres del ejercicio autónomo de la medicina fue un precedente violento y una advertencia para el futuro, que llegaría a convertirse en un *leit-motiv* de nuestra historia. La presente lucha del movimiento feminista en el terreno de la medicina y la salud de la mujer tiene sus raíces en los aquelarres medievales y los responsables del despiadado exterminio de las brujas son los antecesores de nuestros actuales adversarios.

La caza de brujas

El período de la caza de brujas abarcó más de cuatro siglos (desde el siglo XIV al XVII), desde sus inicios en Alemania hasta su introducción en Inglaterra. La persecución de las brujas empezó en tiempos del feudalismo y prosiguió, con creciente virulencia, hasta bien entrada la «Edad de la razón». Adoptó diversas formas según el momento y lugar, pero sin perder en ningún momento su característica esencial de campaña de terror desencadenada por la clase dominante y dirigida contra la población campesina de sexo femenino. En efecto, las brujas representaban una amenaza política, religiosa y sexual para la Iglesia, tanto católica como protestante, y también para el Estado.

Las dimensiones de este sangriento fenómeno histórico son impresionantes. Entre finales del siglo xv y principios del xvi se registraron muchos millares de ejecuciones —en su mayoría condenas a ser quemadas vivas en la hoguera— en Alemania, Italia, España y otros países. Hacia mediados del siglo xvi, el terror se había propagado a Francia y finalmente también se extendió a Inglaterra. Un autor calcula que en algunas ciudades alemanas las ejecuciones alcanzaron un promedio de 600 anuales, aproximadamente dos diarias «sin contar los domingos». En la región de Wertzberg, 900 brujas murieron en la hoguera en un solo año y otras 1.000 fueron quemadas en Como y sus alrededores. En Toulouse llegaron a ejecutarse 400 personas en un solo día. En 1585, de toda la población femenina de dos aldeas del obispado de Trier sólo se salvó una mujer en cada una de ellas. Numerosos autores cifran en varios millones el número total de víctimas. El 85 % de todos los condenados a muerte eran mujeres: viejas, jóvenes y niñas.*

El mero alcance de la caza de brujas ya sugiere que nos hallamos ante un fenómeno social profundamente arraigado y que trasciende los límites de la historia de la medicina. Tanto geográfica como cronológicamente la persecución más encarnizada de las brujas coincide con períodos de gran agitación social, que conmovieron los cimientos del feudalismo: insurrecciones campesinas de masas, conspiraciones populares, nacimiento del capitalismo y aparición del protestantismo. Indicios fragmentarios —que el feminismo debería investigar— sugieren que, en algunas regiones, la brujería fue la expresión de una rebelión campesina encabezada por las mujeres. No podemos detenernos aquí a investigar a fondo el contexto histórico en que se desarrolló la caza de brujas. Sin embargo, es preciso superar algunos tópicos sobre la persecución de las brujas, falsas concepciones que las despojan de toda su dignidad y que descargan toda la responsabilidad de lo ocurrido sobre las propias brujas y las masas campesinas a quienes éstas servían.

Por desgracia, las brujas, mujeres pobres y analfabetas, no nos han dejado testimonios escritos de su propia historia y ésta, como ocurre con el resto de la historia, nos ha llegado a través de los relatos de la élite instruida, de modo que actualmente sólo conocemos a las brujas a través de los ojos de sus perseguidores.

Dos de las teorías más conocidas sobre la caza de brujas son esencialmente interpretaciones *médicas*, que atribuyen esta locura histórica a una inexplicable explosión de histeria colectiva. Una versión sostiene que los campesinos enloquecieron y presenta la caza de brujas como una epidemia de odio y pánico colectivos, materializada en imágenes de turbas de campesinos sedientos de sangre blandiendo antorchas encendidas. La otra interpretación *psiquiátrica*, en cambio, afirma que las locas eran las brujas. Un acreditado historiador y psiquiatra, Gregory Zilboorg, escribe que:

...los millones de hechiceras, brujas, endemoniadas y poseídas constituían una enorme masa de neuróticas y psicóticas graves... durante muchos años el mundo entero pareció haberse convertido en un verdadero manicomio...

* Omittimos toda referencia a los procesos de brujería realizados en Nueva Inglaterra en el siglo xvii. Estos procesos tuvieron un alcance relativamente reducido, se sitúan en un momento muy tardío de la historia de la caza de brujas y en un contexto social totalmente distinto del que existía en Europa en los inicios de la caza de brujas.

Pero, de hecho, la caza de brujas no fue ni una orgía de linchamientos ni un suicidio colectivo de mujeres histéricas, sino que siguió procedimientos bien regulados y respaldados por la ley. Fueron campañas organizadas, iniciadas, financiadas y ejecutadas por la Iglesia y el Estado. Para los inquisidores, tanto católicos como protestantes, la guía indiscutible sobre cómo llevar a cabo una caza de brujas fue el *Malleus Maleficarum* o *Martillo de Brujas*, escrito en 1484 por los reverendos Kramer y Sprenger («hijos dilectos» del Papa Inocencio VIII). Durante tres siglos, todos los jueces, todos los inquisidores, tuvieron este sádico libro siempre al alcance de la mano. En una larga sección dedicada a los procedimientos judiciales, las instrucciones explican claramente como se desencadenaba la «histeria».

El encargado de poner en marcha un proceso de brujería era el vicario o el juez del distrito, quien debía hacer pública una proclama por la cual se

...ordena, manda, requiere y advierte que en el plazo de doce días... todo aquel que esté enterado, haya visto u oído decir que cualquier persona tiene reputación de hereje o bruja o es particularmente sospechosa de causar daño a las personas, animales o frutos del campo, con perjuicio para el Estado, deberá ponerlo en nuestro conocimiento.

Quienquiera que dejara de denunciar a una bruja se exponía a la excomunión y a sufrir una larga lista de castigos corporales.

Si esta amenazadora proclama permitía localizar al menos una bruja, su proceso podía ayudar luego a descubrir muchas más. Kramer y Sprenger ofrecían detalladas instrucciones sobre el uso de la tortura para arrancar confesiones y nuevas acusaciones. Por regla general, se desnudaba a la acusada y se le afeitaba todo el vello corporal. Luego le machacaban los dedos, la ponían en el potro, la torturaban con clavos ardientes y le ponían «botas quebrantahuesos», la dejaban sin alimento y la azotaban con el látigo. La conclusión es evidente: la furia de la caza de brujas no surgió espontáneamente entre la población campesina, sino que fue el resultado de una calculada campaña de terror desencadenada por la clase dominante.

Los delitos de las brujas

¿Quiénes fueron, pues, las brujas y qué horribles «delitos» cometieron para provocar una reacción tan violenta de las clases dominantes? Sin duda, durante los varios siglos que duró la caza de brujas, la acusación de «brujería» abarcó un sinnúmero de delitos, desde la subversión política y la herejía religiosa hasta la inmoralidad y la blasfemia. Pero existen tres acusaciones principales que se repiten a lo largo de la historia de la persecución de las brujas en todo el Norte de Europa. Ante todo, se las acusaba de todos los crímenes sexuales concebibles en contra de los hombres. Lisa y llanamente, sobre ellas pesaba la «acusación» de poseer una sexualidad femenina. En segundo lugar, se las acusaba de estar organizadas. La tercera acusación, finalmente, era que tenían poderes mágicos sobre la salud, que podían provocar el mal, pero también que tenían la capacidad de curar. A menudo se las acusaba específicamente de poseer conocimientos médicos y ginecológicos.

Comencemos examinando la acusación de crímenes sexuales. La Iglesia católica medieval era misógina por principio. El *Malleus* declara:

«Si una mujer piensa sola, tendrá malos pensamientos.» La misoginia de la Iglesia —en caso de que la caza de brujas en sí no sea ya una prueba suficiente— queda demostrada por la doctrina que afirmaba que, en el coito, el varón depositaba en el cuerpo de la mujer un homúnculo, es decir un «pequeño hombre» completo, con el alma incluida, hombrecillo que simplemente pasaba nueve meses cobijado en el útero, sin recibir ningún atributo de la madre. Aunque el homúnculo no estaría realmente a salvo hasta pasar otra vez a manos de un hombre, el cura que debía bautizarlo, asegurando de este modo la salvación de su alma inmortal.

Otra deprimente fantasía de ciertos pensadores religiosos medievales era que en el momento de la resurrección todos los seres humanos renacerían bajo forma de varones (!).

La Iglesia asociaba la mujer al sexo y condenaba todo placer sexual, considerando que éste sólo podía proceder del demonio. Se suponía que las brujas habían experimentado por primera vez el placer sexual copulando con el demonio (a pesar del miembro frío como el hielo que se le atribuía) y que luego contagiaban a su vez el pecado a los hombres. Es decir que se culpaba a la mujer de la lujuria, ya fuera masculina o femenina. Por otra parte, también se acusaba a las brujas de causar impotencia en los hombres y de hacer desaparecer sus genitales. En lo tocante a las mujeres, de hecho se las acusaba de ofrecer consejos anticonceptivos y de efectuar abortos:

Ahora bien, como dice la bula pontificia, existen siete métodos de los que se valen para embrujar el acto venéreo y la concepción en el vientre: Primero, inclinando los pensamientos de los hombres hacia una pasión desenfrenada; segundo, obstruyendo su fuerza procreadora; tercero, haciendo desaparecer los órganos adecuados para tal acto; cuarto, transformando a los hombres en bestias con su magia; quinto, destruyendo la facultad de procrear en las mujeres; sexto, practicando abortos; séptimo, ofreciendo niños al demonio, así como también otros animales y frutos de la tierra, con lo cual causan grandes males... (*Malleus Maleficarum*).

A los ojos de la Iglesia, todo el poder de las brujas procedía en última instancia de la sexualidad. Su carrera se iniciaba con un contacto sexual con el diablo. Cada bruja recibía luego la iniciación oficial en una reunión colectiva (el *sábat*) presidida por el demonio, a menudo bajo forma de macho cabrío, el cual copulaba con las neófitas. La bruja prometía fidelidad al diablo a cambio de los poderes que recibía. (En la imaginación de la Iglesia incluso el mal sólo podía concebirse en última instancia en términos masculinos.) Como explica el *Malleus*, el demonio actúa casi siempre a través de la hembra, como hizo ya en el Edén:

‘Toda magia tiene su origen en la lujuria de la carne, que es insaciable en la mujer... Para satisfacer su lujuria, copulan con demonios... Queda suficientemente claro que no es de extrañar que la herejía de la brujería contamine a mayor número de mujeres que de hombres... Y alabado sea el Altísimo por haber preservado hasta el momento al sexo masculino de tan espantoso delito...

Las brujas no sólo eran mujeres, sino que además eran mujeres que parecían estar organizadas en una amplia secta secreta. Una bruja cuya pertenencia al «Partido del diablo» quedaba probada, era considerada mucho más temible que otra que hubiese obrado sola y la obsesión de

la literatura sobre la caza de brujas es averiguar qué ocurría en los «sábats» de las brujas o aquelarres (¿devoraban niños no bautizados? ¿Practicaban el bestialismo y la orgía colectiva? Y otras extravagantes especulaciones...).

De hecho, existen testimonios de que las mujeres acusadas de ser brujas efectivamente se reunían en pequeños grupos a nivel local y que estos grupos llegaban a convocar multitudes de cientos o incluso miles de personas cuando celebraban alguna festividad. Algunos autores han adelantado la hipótesis de que estas reuniones tal vez eran actos de culto pagano. Y sin duda alguna, esos encuentros también ofrecían una oportunidad de intercambiar conocimientos sobre las hierbas medicinales y transmitirse las últimas noticias. Tenemos pocos datos sobre la importancia política de las organizaciones de las brujas, pero resulta difícil imaginar que no tuvieran alguna relación con las rebeliones campesinas de la época. Cualquier organización campesina, por el mero hecho de ser una organización, atraía a los descontentos, mejoraba los contactos entre aldeas y establecía un espíritu de solidaridad y autonomía entre los campesinos.

Las brujas como sanadoras

Llegamos ahora a la acusación más absurda de todas. No sólo se acusaba a las brujas de asesinato y envenenamiento, de crímenes sexuales y de conspiración, sino también de *ayudar y sanar* al prójimo. He aquí lo que dice uno de los más conocidos cazadores de brujas de Inglaterra:

En conclusión, es preciso recordar en todo momento que por brujas o brujos no entendemos sólo aquellos que matan y atormentan, sino todos los adivinos, hechiceros y charlatanes, todos los encantadores comúnmente conocidos como «hombres sabios» o «mujeres sabias»... y entre ellos incluimos también a las brujas buenas, que no hacen el mal sino el bien, que no traen ruina y destrucción, sino salvación y auxilio... Sería mil veces mejor para el país que desaparecieran todas las brujas, y en particular las brujas benefactoras.



Las brujas sanadoras a menudo eran las únicas personas que prestaban asistencia médica a la gente del pueblo que no poseía médicos ni hospitales y vivía pobremente bajo el yugo de la miseria y la enfermedad. Particularmente clara era la asociación entre la bruja y la comadrona: «Nadie causa mayores daños a la Iglesia católica que las comadronas», escribieron los inquisidores Kramer y Sprenger.

La propia Iglesia contribuía muy poco a mitigar los sufrimientos del campesinado:

Los domingos, después de misa, multitudes de enfermos se acercaban implorando socorro, pero sólo recibían palabras: «Has pecado y ahora sufres el castigo de Dios. Debes darle gracias, pues así disminuyen los tormentos que te esperan en la vida venidera. Sé paciente, sufre, muere. ¿No tiene acaso ya la Iglesia sus oraciones para los difuntos?» (Jules Michelet, *Satanismo y magia*.)

Ante la realidad de la miseria de los pobres, la Iglesia echaba mano del dogma según el cual todo lo que ocurre en este mundo es banal y pasajero. Pero también se aplicaba un doble rasero, pues la Iglesia no se oponía a que las clases altas recibieran atención médica. Reyes y nobles tenían sus propios médicos de corte, que eran varones y a veces incluso sacerdotes. Lo que realmente estaba en cuestión era el control de la medicina. Se consideraba aceptable que médicos varones atendieran a la clase dominante bajo los auspicios de la Iglesia, pero no en cambio la actividad de las mujeres sanadoras como parte de una subcultura campesina.

La Iglesia concebía la persecución de las sanadoras campesinas como un combate contra la magia y no contra la medicina. Se creía que el demonio realmente poseía poderes terrenales y el ejercicio de ese poder por unas campesinas —ya fuera con fines benéficos o maléficos— aterrorizaba a la Iglesia y al Estado. Cuanto mayor fuera la capacidad satánica de los campesinos para resolver sus propios problemas, menos dependerían de Dios y de la Iglesia y mayor sería el riesgo potencial de que emplearan esas facultades para oponerse a la ley de Dios. En efecto, se consideraba que los hechizos eran al menos tan eficaces como las oraciones para sanar a los enfermos, pero mientras que éstas últimas estaban sometidas al beneplácito y control de la Iglesia, los hechizos y magias escapaban a ellos. Por tanto, las curas mágicas, aun cuando dieran resultado, constituían una interferencia perversa contra la voluntad divina y debían su éxito a la intervención del demonio. La propia curación aparecía como un hecho maligno. La distinción entre curaciones divinas y diabólicas no constituía ningún problema, pues evidentemente el Señor actuaría a través de los curas y médicos y no por mediación de mujeres campesinas.

Las mujeres sabias, o brujas, poseían multitud de remedios experimentados durante años y años de uso. Muchos de los preparados de hierbas curativas descubiertos por ellas continúan utilizándose en la farmacología moderna. Las brujas disponían de analgésicos, digestivos y tranquilizantes. Empleaban el cornezuelo (ergotina) contra los dolores del parto, en una época en que la Iglesia aún los consideraba un castigo de Dios por el pecado original de Eva. Los principales preparados que se emplean actualmente para acelerar las contracciones y favorecer la recuperación después del parto son derivados del cornezuelo. Las brujas y sanadoras empleaban la belladona —todavía utilizada como antiespasmódico en la actualidad— para inhibir las contraccio-

nes uterinas cuando existía riesgo de que se produjera un aborto espontáneo. Existen indicios de que la digitalina —un fármaco todavía muy importante en el tratamiento de las afecciones cardíacas— fue descubierta por una bruja inglesa. Sin duda, otros muchos remedios empleados por las brujas eran en cambio pura magia y debían su eficacia —cuando la tenían— a un efecto de sugestión.

Los métodos utilizados por las brujas-sanadoras representaban una amenaza tan grande (al menos para la Iglesia católica y en menor medida también para la protestante) como los resultados que aquellas obtenían. En efecto, las brujas eran personas empíricas: confiaban más en sus sentidos que en la fe o en la doctrina; creían en la experimentación, en la relación entre causa y efecto. No tenían una actitud religiosa pasiva, sino activamente indagadora. Confiaban en su propia capacidad para encontrar formas de actuar sobre las enfermedades, los embarazos y los partos, ya fuera mediante medicamentos o con prácticas mágicas. En resumen, su «magia» era la ciencia de su época.

La Iglesia, en cambio, era profundamente antiempírica, subvaloraba el mundo material y desconfiaba profundamente de los sentidos. Consideraba innecesario investigar las leyes naturales que rigen los fenómenos físicos, pues concebía el mundo como una continua creación divina renovada en cada instante. Kramer y Sprenger citan en el *Malleus* las palabras de San Agustín sobre el engaño de los sentidos:

(...) Ahora bien, la causa de los deseos se percibe a través de los sentidos o del intelecto, ambos sometidos al poder del demonio. En efecto, como dice San Agustín en el Libro 83: Este mal, que es parte del demonio, se insinúa a través de todos los contactos de los sentidos; se oculta bajo figuras y formas, se confunde con los colores, se adhiere a los sonidos, acecha bajo las palabras airadas e injuriosas, reside en el olfato, impregna los perfumes y llena todos los canales del intelecto con determinados efluvios.

Los sentidos son el terreno propio del demonio, el ruedo al que intenta atraer a los hombres, apartándolos de la fe y arrastrándolos a la vanidad del intelecto o a la quimera de la carne.

En la persecución de las brujas, confluyen la misoginia, el antiempirismo y la sexofobia de la Iglesia. Tanto el empirismo como la sexualidad representaban para ésta una rendición frente a los sentidos, una traición contra la fe. La bruja encarnaba, por tanto, una triple amenaza para la Iglesia: era mujer y no se avergonzaba de serlo; aparentemente formaba parte de un movimiento clandestino organizado de mujeres campesinas; y finalmente era una sanadora cuya práctica estaba basada en estudios empíricos. Frente al fatalismo represivo del cristianismo, la bruja ofrecía la esperanza de un cambio en este mundo.

Desarrollo de la profesión médica en Europa

Las brujas ejercían en el seno del pueblo. Las clases dominantes, por su parte, contaban con sus propios sanadores laicos: los médicos formados en las universidades. En el siglo XIII, esto es, el siglo anterior al inicio de la caza de brujas, la medicina empezó a afianzarse en Europa como ciencia laica y también como *profesión*. Y la profesión médica ya había iniciado una activa campaña contra las mujeres sana-

doras —excluyéndolas de las universidades, por ejemplo— mucho antes de empezar la caza de brujas.

Durante más de ochocientos años, desde el siglo V al XIII, la postura ultraterrenal y antimédica de la Iglesia obstaculizó el desarrollo de la medicina como profesión respetable. Luego, en el siglo XIII, se produjo un renacimiento de la ciencia, impulsado por el contacto con el mundo árabe. En las universidades se crearon las primeras escuelas de medicina y un número creciente de jóvenes de condición acomodada empezó a seguir estudios médicos. La Iglesia consiguió imponer un riguroso control sobre la nueva profesión y sólo permitió su desarrollo dentro de los límites fijados por la doctrina católica. Así, los médicos que habían recibido una formación universitaria no estaban autorizados a ejercer sin la asistencia y asesoramiento de un sacerdote y tampoco se les permitía tratar a un paciente que se negara a confesarse. En el siglo XIV, los cuidados de los médicos ya eran muy solicitados entre las clases acomodadas, a condición de que continuaran dejando bien patente que las atenciones que prodigaban al cuerpo no iban en detrimento del alma. De hecho, por las descripciones de la formación que recibían los médicos, parece más probable que sus cuidados fueran fatales precisamente para el cuerpo.

Los estudios de medicina de finales de la Edad Media no incluían nada que pudiera entrar en conflicto con la doctrina de la Iglesia y comprendían pocos conocimientos que actualmente podamos concebir de «científicos». Los estudiantes de medicina, al igual que los restantes jóvenes universitarios, dedicaban varios años al estudio de Platón, Aristóteles y la teología cristiana. Sus conocimientos médicos se limitaban por regla general a las obras de Galeno, antiguo médico romano que daba gran importancia a la teoría de la «naturaleza» o «carácter» de los hombres, «por lo que los coléricos son iracundos, los sanguíneos amables, los melancólicos envidiosos», y así sucesivamente. Mientras estudiaban, los futuros médicos raras veces veían algún paciente y no recibían ningún tipo de enseñanzas experimentales. Además existía una rigurosa separación entre la medicina y la cirugía, esta última considerada en casi todas partes como una tarea degradante e inferior; la disección de cadáveres era prácticamente desconocida.

Ante una persona enferma, el médico con formación universitaria tenía escasos recursos aparte de la superstición. La sangría era una práctica corriente, en particular como tratamiento para las heridas. Se aplicaban las sanguijuelas siguiendo consideraciones de tiempo, hora del día, ambiente y otras por el estilo. Las teorías médicas se basaban más en la «lógica» que en la observación: «Algunos alimentos producen buenos humores, otros malos humores. Por ejemplo, el berro, la mostaza y el ajo producen una bilis rojiza; las lentejas, la col y la carne de macho cabrío o de buey producen una bilis negra.» Se creía en la eficacia de las fórmulas mágicas y de rituales casi religiosos. El médico del rey Eduardo II de Inglaterra, bachiller en teología y licenciado en medicina por la universidad de Oxford, recomendaba tratar el dolor de muelas escribiendo sobre la mandíbula del paciente las palabras «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén», o bien tocar una oruga con una aguja que luego se acercaría al diente afectado. Un tratamiento muy frecuente contra la lepra consistía en administrar un caldo preparado con la carne de una serpiente negra capturada en terreno árido y pedregoso.

Tal era la situación de la «ciencia médica» en la época en que se perseguía a las brujas-sanadoras por practicar la «magia». Las brujas llegaron a tener amplios conocimientos sobre los huesos y los músculos del cuerpo, sobre hierbas y drogas, mientras los médicos continuaban basando sus diagnósticos en la astrología y los alquimistas seguían intentando transformar el plomo en oro. Tan amplios eran los conocimientos de las brujas que, en 1527, Paracelso, considerado como el «padre de la medicina moderna», quemó su manual de farmacología confesando que «todo lo que sabía lo había aprendido de las brujas».

La eliminación de las sanadoras

La implantación de la medicina como profesión para cuyo ejercicio se exigía una formación universitaria facilitó la exclusión legal de las mujeres de su práctica. Con escasas excepciones, el acceso a las universidades estaba vetado a las mujeres (incluso a las mujeres de clase alta que habrían podido pagarse los estudios) y se promulgaron leyes que prohibían el ejercicio de la medicina a las personas sin formación universitaria. Y aunque era imposible imponer estas leyes, ya que sólo existía un puñado de médicos frente a la gran masa de sanadoras no tituladas, siempre *podía* aplicarse selectivamente la sanción. Los primeros blancos no fueron las sanadoras campesinas, sino las mujeres instruidas que competían con los médicos doctorados por la atención a la misma clientela urbana.

Así tenemos, por ejemplo, el caso de Jacoba Felicie, denunciada en 1322 por la Facultad de Medicina de la universidad de París, bajo la acusación de ejercicio ilegal de la medicina. Jacoba era una mujer instruida que había seguido unos «cursos especiales» de medicina sobre los cuales no tenemos más detalles. Es evidente que todos sus pacientes eran de clase acomodada, como se desprende del hecho de que hubieran consultado a célebres médicos graduados antes de dirigirse a ella (según declararon en el juicio). Las principales acusaciones formuladas contra Jacoba Felicie fueron que

(...) curaba a sus pacientes de dolencias internas y heridas o de abscesos externos. Visitaba asiduamente a los enfermos examinaba la orina tal como hacen los médicos, les tomaba el pulso y palpaba todas las partes del cuerpo.

Seis testigos afirmaron que Jacoba los había sanado cuando muchos médicos ya habían desistido, y un paciente declaró que la sanadora era más experta en el arte de la cirugía y la medicina que cualquier otro médico o maestro cirujano de París. Pero estos testimonios fueron utilizados en contra suya, pues no se la acusaba de ser incompetente, sino de haber tenido la osadía de curar, siendo mujer.

Partiendo del mismo prejuicio, algunos médicos ingleses enviaron una petición al Parlamento quejándose de las «indignas y presuntuosas mujeres que usurpan la profesión» y solicitando que se impusieran multas y «largas penas de prisión» a toda mujer que intentara «ejercer la práctica de la física (medicina)». A finales del siglo XIV, la campaña de los médicos profesionales contra las sanadoras urbanas instruidas había conseguido su propósito prácticamente en toda Europa. Los médicos varones habían conquistado un absoluto monopolio sobre la práctica de la medicina entre las clases superiores (a excepción de la obstetricia que continuaría siendo competencia exclusiva de las comadronas durante otros tres siglos, incluso entre estas clases sociales).

Había llegado el momento de dedicar toda la atención a la eliminación de la gran masa de sanadoras, las «brujas».

La alianza entre la Iglesia, el Estado y la profesión médica alcanzó su pleno apogeo con motivo de los procesos de brujería, en los que el médico desempeñaba el papel de «experto», encargado de prestar una apariencia científica a todo el procedimiento. Se pedía su asesoramiento para determinar si ciertas mujeres podían ser acusadas de practicar la brujería y si determinados males tenían su origen en prácticas mágicas. El *Malleus* dice: «Y si alguien preguntara cómo es posible determinar si una enfermedad ha sido causada por un hechizo o es consecuencia de un defecto físico natural, responderemos que ante todo todo debe recurrirse al *juicio de los médicos...*» (Este subrayado y el siguiente son nuestros). Durante la caza de brujas, la Iglesia legitimó explícitamente el profesionalismo de los médicos, denunciando como herejía los tratamientos efectuados por no profesionales: «Una mujer que tiene la osadía de curar *sin haber estudiado* es una bruja y debe morir.» (Naturalmente, las mujeres no tenían ninguna posibilidad de estudiar.) Por último, la fobia contra las brujas proporcionó a los médicos una cómoda excusa para sus cotidianos fracasos: todo lo que no podían curar era, lógicamente, producto de un hechizo.

La distinción entre superstición «mujeril» y medicina «varonil» quedó consagrada, por tanto, a través de los mismos papeles que representaron médicos y brujas en los procesos de la Inquisición. El proceso situaba repentinamente al médico varón en un plano moral e intelectual muy superior al de la mujer sanadora, sobre la cual se le llamaba a emitir juicio. Le situaba al lado de Dios y de la Ley, equiparándole profesionalmente a los abogados y teólogos, mientras adscribía a la mujer al mundo de las tinieblas, del mal y de la magia. El médico no obtuvo esta nueva posición social en virtud de sus propios logros médicos o científicos, sino por gracia de la Iglesia y del Estado, cuyos intereses tan bien supo servir.

Consecuencias

La caza de brujas no eliminó a las sanadoras de extracción popular, pero las marcó para siempre con el estigma de la superchería y una posible perversidad. Llegaron a estar tan desacreditadas entre las nacientes clases medias que, en los siglos XVII y XVIII, los médicos pudieron empezar a invadir el último bastión de las sanadoras: la obstetricia. Practicantes no profesionales varones —«barberos-cirujanos»— iniciaron el ataque en Inglaterra, alegando una supuesta superioridad técnica basada en el uso del fórceps obstétrico. (El fórceps estaba clasificado legalmente como instrumento quirúrgico y las mujeres tenían prohibida jurídicamente la práctica de la cirugía.) Una vez en manos de los barberos-cirujanos, la práctica de la obstetricia entre las clases medias perdió rápidamente su carácter de servicio entre vecinas para convertirse en una actividad lucrativa, de la que finalmente se apropiaron los médicos propiamente dichos en el siglo XVIII. En Inglaterra, las comadronas se organizaron y acusaron a los varones intrusos de especulación y de abuso peligroso del fórceps. Pero ya era demasiado tarde y las protestas de las mujeres fueron acalladas fácilmente acusándolas de ser ignorantes «curanderas» aferradas a las supersticiones del pasado.